

**Descifrar el tiempo, el mundo.
Presentación de *Cronografías.
Arte y ficciones de un tiempo sin tiempo,*
de Graciela Speranza. Barcelona:
Anagrama, 2017**

Por Diego Zúñiga

Hay una idea que ronda la escritura crítica de Graciela Speranza y que me parece importante resaltar y comenzar desde ahí esta presentación: “[Un crítico] mira y lee obras, artistas y autores porque cree que el primer impulso de la crítica sigue siendo descifrar cómo una obra, un artista, un autor dice o hace algo que no había dicho o hecho ningún otro”.

Esta frase la anotaba Speranza en su *Atlas portátil de América Latina* (Anagrama), ese ensayo que publicó en 2012 y que se puede leer como un antecedente de lo que encontrarán los lectores en *Cronografías. Arte y ficciones de un tiempo sin tiempo* (Anagrama), que es el libro que nos convoca hoy. Antes fueron los espacios, ahora es el tiempo. Pero lo que persiste es esa mirada singular que ha ido afinando Graciela Speranza en estos años: la mirada curiosa de quien entiende la crítica como “una invitación a pensar con el arte y descifrar cómo una obra, un artista o un autor hace o dice algo que no habíamos visto o leído nunca antes”.

Puede sonar de perogrullo, pero lo cierto es que hoy no son muchos los críticos curiosos que se animan a descifrar obras, artistas y autores. Por eso, a ratos, lo que hace Speranza parece un ejercicio de extravagancia, de otro tiempo –si es que alguna vez existió ese tiempo–: una mujer entra a un museo, mira una exposición, se detiene, intenta descifrarla, busca conexiones –a veces aparecen de manera involuntaria, de hecho– y luego escribe acerca de aquella experiencia. Respecto de aquello que vio, o eso que leyó. Es un ejercicio en vías de extinción. Los libros de Graciela, me parece, son objetos en vías de extinción y por eso resultan tan urgentes. Ella lo dice mejor, por supuesto: “Descubrir en la grafía de la crítica una gramática del tiempo, un antídoto contra el cinismo desdeñoso que hoy campea en el mundo de la literatura y el arte y, por qué no, una muy módica forma de resistencia a la mercantilización rampante”.

Empiezo con estas ideas de Graciela, con estas definiciones acerca de su oficio, porque una de las primeras cosas que sorprende de sus ensayos es justamente el lugar desde donde habla, el lugar que elige parar mirar.

Recuerdo perfectamente la primera vez que la leí: fue en junio de 2013, en una playa de Barcelona, como quien lee una novela policial –en realidad yo casi no leo novelas policiales, pero imagino que entienden a lo que voy–, avanzando rápido por las páginas de su *Atlas portátil de América Latina*, deslumbrado por la inteligencia de Graciela, pero sobre todo por esa escritura

tan atractiva –amable y luminosa– que le permitía conectar lecturas con obras visuales, en un mapa infinito que se dibujaba con sutileza pero también con una innegable tensión narrativa, que me llevó a leer el libro con ese mismo deseo por avanzar que nos producen las novelas o los cuentos.

Lo particular en este caso es que volví a Santiago y leí de nuevo el libro, pero esta vez con el computador abierto, deteniéndome en cada una de las obras que iba analizando Speranza en este atlas donde se cruzaban Joao Gilberto Noll con Jorge Macchi, Alfredo Jaar con Carlos Busqued, Liliana Porter con Sergio Chejfec, y así pasé de esa lectura veloz y ansiosa a una lectura detenida, que parecía no terminar nunca, pues lo que produce la escritura de Graciela, en una relectura, es un deseo por indagar en cada uno de los pliegues que ella descubre en esos libros, en esas obras, en esos autores de los que escribe.

Le debo a Graciela Speranza una buena parte del atlas de imágenes que he ido construyendo respecto del arte contemporáneo. Seguro que a muchos de ustedes les pasará lo mismo cuando la lean: la sensación de estar descubriendo constantemente un mundo, muchos mundos posibles y, sobre todo, una serie de conexiones secretas entre obras que quizá nunca se nos hubiese ocurrido relacionar.

En ese ejercicio de vincular lo inesperado –y que me parece que es, a esta altura, uno de las mayores aciertos de su trabajo–, digo, en ese ejercicio hay un eco que nos puede resultar familiar a nosotros, sus lectores chilenos. Lo pensé sobre todo hace unos meses, cuando nos enteramos de la muerte de Ronald Kay, un personaje fundamental para entender la literatura y las artes visuales que se produjeron en Chile durante la dictadura. Un lector único, que, al igual que Graciela, tenía la lucidez suficiente como para entender no solo el presente sino también el futuro. Un poeta que escribió acerca de artes visuales, y que siempre fue más allá de las fronteras disciplinarias.

En este sentido, podríamos armar una genealogía para la escritura de Graciela desde aquí, desde esos años 70 y 80 donde la curiosidad –y la escritura crítica de autores tan diversos como Adriana Valdés, Enrique Lihn y Soledad Bianchi– se permitía esos lujos: evitar cualquier especialización, borrar las fronteras y abordar el presente, la realidad, con todos los materiales que hubiese disponibles.

En *Cronografías...*, para abordar ese presente que se escabulle una y otra vez, Graciela ha convocado varias obras contemporáneas –novelas, instalaciones, *performances*, cómics, documentales– que trabajan y cuestionan y reinventan el tiempo. Empieza, de hecho, con un encuentro fortuito de un reloj y una locomotora en la chimenea de un salón burgués y termina con un hombre disfrazado de tortuga en el último piso de un museo en Manhattan.

“Un ensayo es un producto de la imaginación –decía Cinthia Ozick y agregaba–: Si bien está escrito en prosa, se halla más cerca en esencia de la poesía que de cualquier otra forma literaria. Al igual que un poema, un ensayo genuino está hecho de lenguaje, de personalidad, de un estado de ánimo, de temperamento, de agallas, de azar”.

Cronografías... está hecho con todos esos materiales que cita Ozick. Habría que agregar, también, que está hecho con una inteligencia superior y con capacidad imaginativa que se desborda y que le permite a Speranza fascinarse con una obra como "The Clock", de Christian Marcklay y leerse las más de tres mil páginas de la saga *Mi lucha*, de Knausgård y luego recordar una exposición de Liliana Porter en el Malba –ese hombre y esa hacha– y detenerse en ese documental enigmático que le dedicaron a Zinedine Zidane los artistas Douglas Gordon y Philippe Parreno, y leer atentamente a ese escritor ineludible que es Sebald y darle espacio a los delirios de Pablo Katchadjian. La imaginación de Graciela recorre estas obras en busca de un tiempo perdido: la aceleración, las pausas, las reiteraciones, la ambición de capturar el paso del tiempo en una película, en un libro. En *Cronografías...*, de alguna u otra forma, lo que hace Speranza es capturar el tiempo presente y ponernos alertas, e interpelarnos en cada uno de los capítulos que forman este ensayo.

"Paul Ricoeur estaba en lo cierto: la trama es el medio privilegiado con el que reconfiguramos nuestra experiencia temporal confusa, informe y, en el límite, muda. Sin trama o con embriones inconducentes de tramas, la experiencia del tiempo pierde el rumbo, el vector, el hilo aglutinante, y se convierte en un transcurso inenarrable, un blanco ganado, si es admisible la paradoja, al imperio del tiempo cronometrado. Es posible burlar la tiranía de los relojes sin rebeliones luditas".

La trama secreta de *Cronografías...* es la que nos permite vivir la experiencia del tiempo y de las ideas. Una trama secreta que, por supuesto, nos deja más preguntas que respuestas.

Terminamos de leer a Speranza y, aunque sea por unos segundos, miramos el mundo como lo mira ella. No solo por unos segundos. Leer a Graciela es aprender a leer de nuevo, es aprender a mirar. Yo me pregunto, por ejemplo, si Graciela habrá visto *Paterson*, de Jim Jarmusch y qué habrá pensado acerca de cómo se trabaja ahí el tiempo, las rutinas, la poesía cotidiana. O si habrá visto alguna obra del chileno Gianfranco Foschino, un artista joven que hace videoarte y que busca, en cada uno de sus trabajos, justamente capturar el tiempo y arrastrar al espectador hacia ese otro lugar.

Cuando vi la película de Jarmusch, cuando visité la última exposición de Foschino, pensé inevitablemente en Graciela, en este libro, en qué conexiones inesperadas hubiese encontrado ella para esa película, para esa exposición.

Sí, lo vamos a repetir: leer a Graciela Speranza es aprender a leer de nuevo. Y esa experiencia es única y admirable.

